

## TIERRA DE BRUJAS Y ENDEMONIADOS

Juan Ángel Laguna Edroso

Creo que fue en Canfranc cuando empecé a digerir la muerte de Soizik. La llamada de teléfono, el viaje a París, luego a Morbihan, el funeral, las conversaciones con Françoise Anne... todo resultaba tan irreal como la fantasmagórica silueta de la estación abandonada recortándose contra el anochecer. Me sentía como si estuviera atrapado en una de mis novelas, en una particularmente mal estructurada, donde los hechos se hubieran acumulado de mala manera sin dar espacio al lector para digerirlos. Aquella clara imagen del paso del tiempo, tan banal y tan impresionante al mismo tiempo, había funcionado como un macabro espejo de feria. Me había devuelto, de algún modo, la imagen de lo que había vivido esos últimos días, y, de repente, todo volvía a ser mundano, cruelmente tangible. *No se puede volver atrás, parecía decir. Las grandes estaciones se convierten en ruinas, y las personas se mueren. Ya no volverás a coger su mano. Ya no escucharás su risa, salvo en tus sueños. Incluso tu memoria será pasto del olvido, como ese edificio lo es de la carcoma, y al final no quedará sino un fino polvo nacido entre grietas.*

Por primera vez desde la llamada, el helor de una angustia inconmensurable se aferró a mi estómago. No tenía nada que ver con el vértigo que había sentido al oír la noticia, con la incapacidad para procesar palabras como "accidente" o "mortal". Había empezado a comprender, a vislumbrar el camino que se abría a partir de aquel punto, y sentí unas tremendas ganas de vomitar, o de gritar, o de llorar; había algo denso y pesado en mi alma que pugnaba por salir al exterior, y, aunque no sabía muy bien qué forma tendría, sí sabía lo que era. Deseé poder llevarme un cigarrillo a la boca, para no tener que pronunciar su nombre, para que no se me escapara un gemido, pero había dejado de fumar y no podía dejar a los pequeños ni cinco minutos para entrar en el bar.

Cinco minutos. *Solo cinco minutos, pensé, y me sentí pueril y frívolo. No necesitas ese cigarrillo, y ellos sí te necesitan a ti,* me martilleaba una voz en la cabeza, *cinco minutos y los cincuenta y cinco restantes.*

Posé la mirada en Morganne, que estaba en cuclillas junto a su hermano Erwan, y sentí cómo me inundaba una familiar ternura. Aunque no había cumplido todavía tres años (le quedaban unos días), se esforzaba por distraerlo contándole una historia incomprensible en la que mezclaba con su lengua de trapo las últimas cosas que había aprendido. El bebé era todo oídos

para aquel desatino, y lo celebraba con gorgoritos y balbuceos. Yann, por el contrario, se mantenía alejado de sus hermanos, en silencio. Sentado sobre su mochila, una pequeña bolsa roja de Rayo McQueen en la que guardaba sus juguetes y un libro para el viaje, miraba con ojos tristes el imponente edificio que, con su mole, ensombrecía aún más aquel crepúsculo. Yann tenía esa peculiaridad: con frecuencia parecía desamparado y, a pesar de su corta edad, solitario.

Me acerqué a su lado y me acuclillé para abrazarle. Mi llegada le sobresaltó, pero enseguida sus ojos me reconocieron y me sonrieron con ese deje melancólico que siempre han tenido.

—¿Quién vive allí, papá? —me preguntó.

—Nadie, mi amor: es una estación de tren muy vieja, y lleva mucho tiempo abandonada.

—¿Y antes vivía gente?

—Sí, supongo que alguien vivía. El guardavías, no sé.

—¿Qué es el guardavías? —Su curiosidad no quedaría saciada con tres preguntas: tenía casi cinco años; para Soizik era muy importante que los hermanos no se llevaran muchos años, pues había sido una hija única que no había disfrutado de la soledad, así que ahora yo tenía un *pack* completo de bebés y semibebés dispersos entre las maletas.

—El señor que vigila la estación y las vías del tren por la noche —le contesté tras darle un beso en la melena. Olía a viaje, y todavía un poco a cachorrillo, al menos para mí.

—¿Está muerto?

Esbocé una sonrisa cansada. Aquella pregunta era inevitable, incluso antes del accidente. No sé si ocurre lo mismo con todos los niños, pero con Yann era un tema recurrente desde que había empezado a hablar y a interesarse por su familia. Le resultaba de vital importancia saber quién estaba vivo y quién no, tanto como saber quién era cada uno y quién era su respectiva mamá. Parecía que la descripción nunca estuviera completa si no se añadía uno y otro adjetivo: vivo o muerto. Caballeros, piratas, guardavías, tíos, amigos de la familia, superhéroes, actores que venden detergentes en la televisión... todos tenían que estar vivos o muertos. Era una cuestión insoslayable.

—No lo sé, mi amor —le dije y, tras darle otro beso, me puse en pie. No tenía fuerzas para seguir con aquello, y el deseo de fumarme un cigarrillo volvía a atormentarme, aunque no tuviera los cinco minutos para ir a comprarme un paquete, o quizás precisamente por ello.

Justo entonces reclamó nuestra atención un claxon, y al ver la furgoneta del IFA casi me eché a llorar embargado por una intensa sensación que aunaba alivio, cansancio y tristeza. Reagrupé a mis pequeños bajo mis alas y, así

abrazados, vimos descender a mi tío Tomás del vehículo con una media sonrisa bailando en su barba.

—¿Qué tal, Juancho? —Aquella voz era como volver a casa, y el tacto de su barba cuando nos dimos dos besos, una ventana abierta a mi infancia.

—Bien, tío. Un poco cansado.

—*Josplás*, ya puedes estarlo —exclamó en un pretendido tono jovial mientras abarcaba con la vista el equipaje que había dejado desperdigado por el suelo: una mochila de montaña llena a reventar, un maleta dura con ruedas, dos bolsas de deporte bien repletas, los bultos de los críos, una mochila de mano... No tenía más que una vaga idea de qué contenían; Françoise Anne se había encargado, como de costumbre, de mantener los pies en tierra mientras yo me permitía deambular por algún rincón sombrío—. Menos mal que he traído la furgoneta —bromeó.

Yann miraba con veneración aquella sonrisa franca, amplia, que tenía algo de corsario y algo de posadero. Morganne jugaba a ser tímida y se escondía tras mis piernas poniendo en peligro mi verticalidad. Erwan, beatífico, manoteaba sin saber muy bien qué pasaba, pero contento con la animación. Para ellos aquella aventura tenía connotaciones muy distintas a las que yo no podía perder de vista.

—Anda, vamos a cargar las maletas y ponemos a los chicos en sus sillas. Tu tía ha sacado del trastero las sillas de bebé de tus primas, así que irán bien sujetos.

Sonreí a duras penas y me puse a subir bultos a la furgoneta. Yann y Morganne estaban encantados con meterse en los asientos de atrás, que estaban ya en el cajón de carga, así que pude centrarme en la tarea mecánica de cargar peso. Mi tío Tomás, que siempre ha sido muy chiquero, estaba en su salsa poniéndoles los cinturones y ajustando las sillas.

A medida que echaba el equipaje en el cajón me di cuenta de hasta qué punto iba cargado. Los bultos estaban comiéndose todo el espacio, y eso que apenas había ya un par de cajas de cartón. Tenía suerte, sin duda, de contar con mis tíos; no sé cómo demonios hubiera podido, si no, cargar todo hasta Binara. Dudo mucho que hubiera entrado en el maletero de un taxi, y eso contando con que quisieran llevarme con los tres pequeños.

—He puesto las mochilas encima de las cajas —le informé al acomodarme en el asiento del copiloto—. Espero que no tengas que entregarlas de camino, porque habrá que sacar todo otra vez.

—No te preocupes: las cajas son también para vosotros —me respondió al tiempo que arrancaba y ponía rumbo valle abajo—. Pili os ha puesto comida, leche en polvo y biberones para Erwan y algo de ropa. No estábamos muy seguros de qué tendréis por Binara ni de qué traes, y como estáis sin coche...

—¿Y el Panda de Adolfo?

Afuera, el paisaje se iba transformando en un teatrillo de sombras. Los árboles, en meras siluetas fantasmagóricas. La carretera, en una senda de luces fugaces y destellos repentinos cuando los faros acariciaban alguna señal.

—Quedó hecho polvo cuando el tío se empotró en la gasolinera —dijo— y lo llevamos directamente al desguace. ¿No te lo había contado tu madre? Se durmió al volante, por lo visto.

Un recuerdo vago cruzó mi mente, pero no conseguí fijar los detalles. Meneé la cabeza en silencio. Sentía la boca adormentada. El mero gesto de abrirla me daba pereza.

—No-no sé. Últimamente he hablado poco con ella.

—Bueno, ahora que has vuelto podréis hablar mucho más —añadió. Su mano me palmeó con afecto el muslo, y aquel gesto me recordó el modo de conducir de mi tío abuelo Adolfo: una mano sobre la pierna y la otra para el resto, aunque implicara soltar el volante para cambiar de marcha—. ¿Sabes cuándo va a subir? Tu madre... —completó la pregunta, quizás por mi expresión.

—No, no lo sé. De momento vamos a ver cómo nos instalamos. Estoy... bueno, no sé muy bien cómo... —La verdad, no tenía ni idea de lo que iba a decir. Aun así, mi tío parecía entenderlo todo sin necesidad de más explicaciones, y aquello, de algún modo, me reconfortaba.

—Es normal, Juancho. Poco a poco. Y ya sabes que nos tienes al lado para cualquier cosa, que desde Jaca nos plantamos en Binara en menos de media hora.

Con aquel ofrecimiento se nos acabaron las palabras. Yo no tenía muchas ganas de hablar, y Yann, por el contrario, desbordaba de preguntas, así que el resto del trayecto mi tío Tomás se dedicó a explicarle por qué no veíamos ningún jabalí aunque había algunos escondidos, cómo se llegaba hasta Binara a través de una sinuosa carretera que más parecía una pista de montaña, que iríamos a ver un monasterio escondido bajo una roca, que había un castillo algo más abajo, hacia Zaragoza, y mil cosas más que a mi chico le sonaban a aventuras maravillosas y a mí me traían un regusto a mi infancia que me llenaba de congoja. El tiempo parecía haberse escurrido sin que nos diéramos cuenta, y con apenas treinta años me sentía como si encarara el final de mi vida, pues ¿qué otra cosa podía encontrar tras aquella llamada y esta huida hacia ninguna parte?

Perdido en mi propia tristeza, apenas me di cuenta de cómo dejábamos atrás Jaca y enfilábamos el valle del Aragón. La silueta de Cuculo no tardó en perfilarse a la luz de la luna, y bajo su mirada solemne giramos para encarar la colina sobre la cual, como un poblado de tiempo remotos, se arracimaba Binara. Pasamos la caseta donde tío Adolfo guardaba algunos aperos y herramientas y, tras rebasar Casa Antón, emprendimos el ascenso de la